

# CERÁMICAS PINTADAS POSTCOCCIÓN: FÓSIL GUÍA Y CONJUNTO CULTURAL

## Painted pottery after baking: fossil-guide and cultural whole

F. J. GONZÁLEZ-TABLAS SASTRE\* y A. DOMÍNGUEZ CALVO\*

ISSN:0514-7336

RESUMEN: El incremento significativo de la investigación de conjuntos pertenecientes a la Primera Edad del Hierro de la Meseta, plantea la necesidad de revisar el enfoque que se está haciendo en estos estudios. Partiendo de un material altamente significativo, como son las cerámicas pintadas postcocción, se pretende demostrar la necesidad de realizar análisis de conjunto y no de piezas concretas o fósiles guía.

*Palabras clave:* Cerámica, pintura postcocción, Soto, Sanchorreja, Edad del Hierro, Meseta.

ABSTRACT: The investigation of the materials belonging at the First Iron Age in the Meseta is being on the increase, so it is necessary to review the sense of these studies. From the after baking picture ceramics—a significant material—we intend to prove that it is necessary to analyse this culture not as a concrete pieces, but a whole.

*Keywords:* Ceramics, after baking picture, Soto, Sanchorreja, Iron Age, Meseta.

Dentro del conjunto de materiales representativos de la reciente prehistoria a nivel peninsular, las cerámicas pintadas constituyen uno de los aspectos más significativos. Su estudio, como queda reflejado en la historiografía, se ha convertido en referente necesario para aproximarse a la comprensión de las relaciones entre distintos grupos peninsulares, aunque quizá ello haya llevado a perder de vista su trascendencia dentro de cada grupo cultural. En este sentido, a lo largo de las siguientes páginas, se intentará plantear la necesidad de abordar el estudio de estas producciones cerámicas enmarcadas en el conjunto material y no de forma individualizada, todo ello como pretexto de un planteamiento más ambicioso: uniformizar, en la medida de lo posible, el concepto de cultura de la Primera Edad del Hierro de la Meseta Norte.

Desde que en 1977 Almagro Gorbea<sup>1</sup> sistematizara el estudio de las cerámicas pintadas, con

la diferenciación de distintos grupos peninsulares, ésta se ha convertido en una referencia obligada para el análisis de cualquier yacimiento en el que se documente la presencia de este material. Ello ha significado, nunca achacable al autor de la sistematización, la pérdida de la referencia sobre la trascendencia de estas piezas en lo que es el conjunto material del yacimiento. Ya el mismo Almagro, independientemente del origen del modelo, señala mediante la denominación de grupos la existencia de procesos independientes en función de las distintas regiones o zonas peninsulares. El problema surge, no obstante, cuando estos grupos se constituyen en cotos cerrados donde se niega cualquier posibilidad de innovación, invención o imposición de «modas» dentro del mismo grupo cultural. En este sentido basta comprobar cómo en recientes estudios se manifiesta una única preocupación en lo que a las cerámicas pintadas del Primer Hierro se refiere, cual es el de determinar su origen extrameseño y nunca abordar su análisis desde la perspectiva de entender que estos ejemplares constituyen un elemento más dentro de un con-

\* Dpto. Prehistoria. Univ. Salamanca. C/ Cervantes, s/n. 37002 Salamanca.

<sup>1</sup> ALMAGRO GORBEA, M. (1977): *El Bronce Final y el Período Orientalizante en Extremadura*. Bibliotheca Praehistorica Hispana, Vol. XIV. Madrid, pp. 458 y ss.

junto cultural y que por tanto son elementos cotidianos en los yacimientos de la Meseta durante el Primer Hierro<sup>2</sup>.

Es obvio por lo expuesto que nuestra intención no es la de abordar la cuestión del origen de las especies pintadas en la Meseta, cuya procedencia inicial es plausible que haya de buscarse en otros ambientes peninsulares, sino adentrarnos en su propia significación dentro del conjunto material de la Primera Edad del Hierro de nuestro ámbito geográfico, y en consecuencia tratar de definir unos patrones culturales comunes a cualquier poblado o grupo meseteño.

Los primeros documentos que conocemos de aplicación de la técnica de pintura postcocción dentro del primer milenio en la Meseta se remontan al Bronce Final. Los datos con que se cuenta son escasos y en ello ha podido pesar, como indica la propia novedad que supuso su localización, la fragilidad de conservación que presentan al perderse la pintura si se somete la pieza a un proceso de limpieza tradicional. Esto podría explicar su constatación, bibliográficamente más destacada en los últimos años, una vez documentada su presencia en contextos culturales semejantes.

Uno de los yacimientos donde se manifiesta de forma clara la utilización de esta técnica decorativa en un contexto de Cogotas I es el de Los Castillejos de Sanchorreja, donde, en el nivel V de Sa-18, se localizaron varios fragmentos cerámicos pintados asociados a cerámicas con decoración excisa y boquique<sup>3</sup>.

Cerámicas semejantes, realizadas con pintura monocroma postcocción, han ido apareciendo en

distintos yacimientos meseteños hasta dibujar un panorama más alentador, en lo que a su posible utilización generalizada por las gentes de Cogotas I se refiere<sup>4</sup>.

No queriendo analizar en este trabajo el tema de las cerámicas pintadas monocromas, su referencia nos sirve para constatar el conocimiento de las gentes de la Meseta de una *técnica decorativa específica* que se va a generalizar en la fase posterior, siendo este conocimiento previo el que pudo propiciar su aceptación como modelo decorativo en el mundo del Soto. Somos conscientes de que tal afirmación resulta demasiado arriesgada por lo que sin menospreciar futuros influjos en los momentos iniciales del Primer Hierro, sí puede tomarse en consideración esta hipótesis.

Fuera de toda duda se encuentra el hecho de que con la entrada al Hierro I este sistema decorativo experimenta una generalización en el ámbito estudiado como parece demostrarse a través de las distintas prospecciones y excavaciones realizadas. Su dispersión, frente a la aparición minoritaria anterior, empieza a ser una constante, habiéndose convertido en algo habitual que no debe ser interpretado como elemento ajeno al grupo cultural meseteño.

El estado de la investigación se encuentra hoy en día lejos de los postulados que marcara Maluquer para Los Castillejos. La asociación cerámica pintada bicroma-boquique y excisión, determinada por el presunto origen hallstático de la misma y la cronología que se atribuía en aquellos momentos a Cogotas I y a estos modelos cerámicos, hoy no es posible aceptarla<sup>5</sup> si nos atenemos

<sup>2</sup> A modo de ejemplo baste citar el estudio del yacimiento de Cuéllar, en donde el autor pone de manifiesto una extremada preocupación por determinar el origen de cada uno de los fragmentos con decoración pintada, en función de los colores que presenta o los motivos que desarrolla, buscando una complicada red de conexiones que le llevan incluso hasta regiones extrapeninsulares, negando con ello toda capacidad de iniciativa a los habitantes del poblado segoviano. BARRIO MARTÍN, J. (1993): «Estratigrafía y desarrollo poblacional en el yacimiento prerromano de la Plaza del Castillo (Cuéllar, Segovia)». En ROMERO, F. et alii (1993): *Arqueología Vaccea. Estudios sobre el mundo prerromano en la Cuenca Media del Duero*. Junta de Castilla y León. Valladolid, pp. 190-191.

<sup>3</sup> GONZÁLEZ-TABLAS, F.J. (1983): *Los Castillejos de Sanchorreja y su incidencia en las culturas del Bronce Final y de la Edad del Hierro de la Meseta Norte*. Universidad de Salamanca, serie Resúmenes de Tesis Doctorales.

<sup>4</sup> Ya en 1983 MARTÍNEZ NAVARRETE y MÉNDEZ MADARIAGA documentaron la presencia de cerámica pintada monocroma asociada a material de Gogotas I en el yacimiento de Los Areneros de Soto. Más recientemente Benet ha publicado especies cerámicas semejantes procedentes del Cerro de San Pelayo cuya vinculación a Cogotas I o a la fase inicial del Soto podría admitirse si atendemos a la cronología del yacimiento proporcionada por las fechas de C.14 (960±140/ 765±30/ 710±30 b. C.). MARTÍNEZ NAVARRETE, M.I. y MÉNDEZ MADARIAGA, A. (1983): «Arenero de Soto: yacimiento de fondos de cabaña del horizonte Cogotas I». *Estudios de Prehistoria y Arqueología Madrileños*. Madrid, p. 223.; BENET, N. (1990): «Un vaso pintado y tres dataciones de C 14 procedentes del Cerro de San Pelayo (Martínamor, Salamanca)». *Numantia* 3. Valladolid, pp. 85.

<sup>5</sup> MALUQUER DE MOTES, J. (1957): «La cerámica pintada hallstática del nivel inferior del castro de Sanchorreja (Ávila)». *Zephyrus* VIII. Salamanca, pp. 286-287.

a los datos de la reciente investigación. Dentro de un ámbito geográfico más amplio, se admitía la aparición de esta técnica con una cronología elevada que oscilaba entre los siglos VIII<sup>o</sup> y VII<sup>o</sup> a. C. fijada a través de su aparición exclusiva en el horizonte Soto I<sup>6</sup>. Estas fechas entran en contradicción tras las propuestas por Almagro Gorbea, para el que su aparición en la Meseta debería explicarse como una evolución de la cerámica pintada andaluza, llevando implícita una cronología desde el siglo VII<sup>o</sup> a.C. al V<sup>o</sup> a.C.

Su localización, cada vez con más frecuencia, tanto en yacimientos identificados con el mundo Soto, como en regiones más al sur van perfilando el panorama. Por lo que respecta a la cuenca del Duero los contextos arqueológicos determinan la validez del modelo de Almagro, al menos en cuanto a la cronología se refiere<sup>7</sup>. Esta datación ha significado la reestructuración del panorama referido a las cerámicas pintadas del Primer Hierro de la meseta. Así, el fragmento de Sao Martinho de Angueira<sup>8</sup>, los también zamoranos de Bamba y Carrascal<sup>9</sup> o el relacionado con la meseta del Castro de Castilfrío de la Sierra<sup>10</sup> lo avalan.

Por otra parte, y ya fuera de la órbita del Soto, algunos ejemplos madrileños<sup>11</sup> en El Cerro de San Antonio, Arenero de la Aldehuela, Perales de Tajuña, Arroyo Culebrero o Pinto, con fechas

entre el VII<sup>o</sup> y el V<sup>o</sup> a. C.<sup>12</sup>, así como otros yacimientos de la meseta sur, muestran fechas encuadradas en un momento más moderno al del Soto I. Cerdeño<sup>13</sup> y García Huerta<sup>14</sup> proponen una cronología del siglo VI<sup>o</sup> a. C. para los restos de la Meseta Oriental, como los de Riosalido, Almudejo, Molina de Aragón o Cabezo de la Fuente, a pesar de la dificultad de encontrarse fuera de contexto. Para su datación se buscan paralelos con los ejemplos del nivel III de Las Madrigueras, fechado por Almagro entre los siglos VI<sup>o</sup> y V<sup>o</sup> a. C.<sup>15</sup>. En la mayoría de los asentamientos de esta zona se constata también la existencia de fragmentos monocromos en rojo. Otros ejemplos, además de los reseñados, serían los de Carrascosa, Zafra de Zancara, Olmedinilla o Almohaja<sup>16</sup>. En alguno de ellos se ha podido detectar la presencia de pintura monocroma.

Como se puede observar de lo señalado, la práctica totalidad de los ejemplos de cerámicas pintadas se pueden encajar dentro de un abanico cronológico que abarca desde el siglo VIII<sup>o</sup> a. C. al siglo V<sup>o</sup> a. C. Es por ello que se hace difícil un tratamiento uniforme de cada uno de los casos, ya que la cronología es diversa, y más aún si desbordamos el ámbito de la Cuenca del Duero.

En la Meseta Superior son cada día más numerosos los yacimientos en los que se documenta este tipo de técnica decorativa, asociándose invariablemente a dos mundos que se han venido considerando por los investigadores, incluido uno de los que suscribe, como mundos separados culturalmente: El Soto de Medinilla y Sanchorreja. La razón para esta situación parece que puede atribuirse al hecho de que hasta el momento hemos fijado más nuestra atención en

<sup>6</sup> PALOL, P. DE Y WATTENBERG, F. (1974): *Carta Arqueológica de España. Valladolid*. Diputación Provincial de Valladolid. Valladolid, p. 192.

<sup>7</sup> Ya se ha aludido en párrafos anteriores a nuestra posición respecto a la cuestión de los grupos planteada por Almagro.

<sup>8</sup> ESPARZA ARROYO, A. (1987): *Los castros de la Edad del Hierro del Noroeste de Zamora*. Instituto de Estudios Zamoranos «Florián de Ocampo». Zamora, p. 334.

<sup>9</sup> ESPARZA ARROYO, A. (1990): «La Edad del Hierro en Zamora». *Primer Congreso de Historia de Zamora. Tomo II, Prehistoria e Historia Antigua*. Diputación de Zamora. Zamora, p. 106. En estos casos la cerámica localizada presentaba pintura postcocción monocroma lo que no ha impedido al autor incluirla en el tipo «Meseta». Consideramos correcta esta postura que de nuevo plantea la heterogeneidad decorativa de la cerámica pintada meseteña.

<sup>10</sup> ROMERO CARNICERO, F. (1991): *Los castros de la Edad del Hierro en el Norte de la provincia de Soria*. Universidad de Valladolid. Valladolid, p. 292.

<sup>11</sup> BLASCO BOSQUED, M<sup>o</sup>. C. (1986): «Panorama general del Bronce Final y Primera Edad del Hierro en el área nor-oriental de la submeseta sur». *Estudios en homenaje al Dr. Antonio Beltrán Martínez*. Universidad de Zaragoza. Zaragoza, p. 369.

<sup>12</sup> BLASCO, C., SÁNCHEZ, L. y CALLE, J. (1988): «Madrid en el marco de la Primera Edad del Hierro de la Península Ibérica». *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología*. Universidad Autónoma de Madrid. Madrid, pp. 161 y 174.

<sup>13</sup> CERDEÑO, M. L. (1983): «Cerámicas hallstáticas pintadas en la provincia de Guadalajara». *Homenaje al Profesor Martín Almagro Basch. Tomo II*. Madrid, p. 160.

<sup>14</sup> GARCÍA HUERTA, M. R. (1990): *La Edad del Hierro en la Meseta Oriental: el Alto Jalón y el Alto Tajo*. Universidad Complutense de Madrid. Madrid, pp. 749 y 751.

<sup>15</sup> ALMAGRO GORBEA, M. (1965): «La necrópolis celtibérica de «Las Madrigueras». Carrascosa del Campo (Cuenca)». *Excavaciones Arqueológicas en España*, 41. Madrid, p. 67.

<sup>16</sup> FERNÁNDEZ GALIANO, D. (1979): «Notas de Prehistoria Seguntina». *Wad-Al- Hayara*, 6. Guadalajara, p. 45.

aquellos elementos que pueden significar diferencias y prestar escasa atención en aquellos otros que suponen una coincidencia e incluso una base común para ambos modelos, en definitiva hemos caído en lo particular al realizar nuestro análisis y nos hemos olvidado de lo general. El estudio exhaustivo del nivel III de Los Castillejos<sup>17</sup>, ha permitido contemplar la realidad de este yacimiento desde una perspectiva de conjunto y no sólo a partir de materiales aislados, sino a través del análisis del material como reflejo de un contexto cultural en el que se integran todos y cada uno de ellos. Algunas publicaciones recientes<sup>18</sup> siguen esta línea argumental al hablar de la complejidad a la que se ha llegado por el hecho de concederle una excesiva importancia a determinados sistemas decorativos, hasta el punto de haber sido utilizados invariablemente como elementos definidores de culturas. Considerando que el concepto cultura debe llevar implícito la totalidad de las facetas de la actividad humana, si éstas, a través de la documentación obtenida, no son accesibles en su totalidad, sí se han de contemplar aquellas a las que tenemos acceso y añadir connotaciones más amplias, desde el plano de la cultura material, para diferenciar las mismas. En las páginas finales se volverán a plantear estas cuestiones de una manera más pormenorizada intentando poner de manifiesto la confusión terminológica existente en la actua-

lidad como se evidencia en las publicaciones que aluden al problema.

Como podremos observar a continuación, el espacio geográfico en el que se detectan las cerámicas pintadas en la meseta es lo suficientemente significativo como para que esta técnica deje de tener las connotaciones alóctonas que en la actualidad posee.

Así, esta decoración es un hecho constatado en los niveles superiores de Sanchorreja. Olvidando su vinculación con decoraciones similares en contextos culturales anteriores, en el Primer Hierro aparece como una técnica asimilada definitivamente por los habitantes del poblado<sup>19</sup>. En los restos documentados se aprecia la variedad decorativa al haberse constatado fragmentos con pintura bícroma junto a otros en donde la monocromía en rojo o negro es el sistema decorativo elegido. La propia asimilación la llevan a considerarla como una parte integrante y definidora del contexto cultural del yacimiento abulense. Este contexto cultural deberá fijarse a través de los materiales arqueológicos que como en el caso de la pintura se encuentran integrados plenamente en el sistema creativo del grupo. En definitiva, será el conjunto el que proporcione la posibilidad de plantear las similitudes con otros yacimientos meseteños. En ningún caso se podrá precisar la cronología puesto que la asimilación de los restos arqueológicos por parte de la población provoca necesariamente un margen cronológico amplio que dependerá necesariamente del gusto, la moda o, por supuesto, los conocimientos técnicos para su realización, fuera de toda duda por el carácter local de las piezas. Estos factores serán los que harán predominar uno u otro perfil o una y otra decoración, pero la diversidad porcentual en su aparición se explicará por las variantes locales de un mismo grupo cultural.

Sintéticamente, se pueden señalar aquellos restos arqueológicos que en el caso de Sanchorreja acompañaban a la cerámica pintada. En

<sup>17</sup> DOMÍNGUEZ CALVO, J. A.: «El nivel III de Sanchorreja: Estudio del material y análisis del contexto». Memoria de grado, inédita, Salamanca, 1993.

<sup>18</sup> Pueden incluirse aquí las valoraciones de Esparza Arroyo en el núcleo zamorano en donde la llegada de novedades decorativas como el «peine» o los estampillados no sirven para establecer el surgimiento del Hierro II, al continuar la existencia de un conjunto material conectado claramente con la Primera Edad del Hierro. ESPARZA ARROYO, A. (1990): «La Edad del Hierro...», p. 117. Especialmente interesantes resultan los comentarios realizados por Delibes y Romero en los que se plantean la aparición de rasgos comunes a lo largo de toda la meseta durante la Primera Edad del Hierro a pesar de las diferencias que debieron existir entre las distintas zonas geográficas. DELIBES DE CASTRO, G. y ROMERO CARNICERO, F. (1992): «El último milenio a. C. en la Cuenca del Duero. Reflexiones sobre la secuencia cultural». *Complutum* 2-3. Madrid, pp. 245 y 255. No obstante, y a diferencia de su hipótesis en la que se refleja que a través del progresivo conocimiento de la documentación arqueológica se podrán diferenciar con mayor claridad distintos grupos culturales, consideramos que la propia investigación está reflejando una homogeneidad cada vez más notable, a excepción de las diferencias lógicas impuestas por condicionantes geográficos o de moda.

<sup>19</sup> La excavación en extensión del nivel III de los Castillejos —segunda fase de ocupación de los llamados niveles superiores de Sanchorreja—, fechada recientemente en torno a finales del siglo VIº a. C. - principios del siglo IVº a. C., refleja, como continuación ininterrumpida del nivel IV, la prolongación de la cultura material del poblado. Debe recordarse, en este sentido, que el nivel IV o momento inicial de los niveles superiores, también ha proporcionado cerámica pintada.

cuanto a la cerámica, en muchos casos la simplicidad de sus perfiles o decoraciones los convierten en elementos ajenos a una cultura exclusiva. En vasos tan sencillos como las escudillas, los cuencos o los casquetes simples, bajo perfiles abiertos, así como los grandes recipientes en «S» o las tinajas ovoides de almacenamiento en las formas cerradas, no deben ser tomadas más que por la valoración de elementos ajenos a su forma. Así, la vajilla de reducidas dimensiones suele estar elaborada con una preocupación por el tratamiento de las superficies, que origina la aparición de numerosos ejemplos bruñidos o espatulados. El sistema de sustentación nos remite a los talones reforzados, tan característicos en regiones centrales de la península durante el Primer Hierro<sup>20</sup>. La aparición relativamente frecuente de bases umbilicadas y de algunos pies realizados inducen a pensar en contextos coetáneos<sup>21</sup>.

En cuanto a la cerámica tosca, en los grandes recipientes aparecen impresiones tanto digitadas como unguiadas frecuentemente sobre los bordes de los vasos. A pesar de su representatividad en otros contextos cronológicos, su vinculación a culturas del Hierro I se ha documentado en numerosos yacimientos. Junto a las impresiones y dentro de la gama de decoraciones incisas aparecen las realizadas también sobre los bordes. El concepto decorativo, plasmado sobre recipientes semejantes, es similar y parece aludir a un modelo bastante extendido durante la Primera Edad del Hierro. En otras ocasiones, los motivos triangulares a base de incisiones que componen un zigzag en las proximidades del borde recuerdan a decoraciones características del mundo Soto, aunque falte en esta ocasión el rayado interno.

Entre los perfiles cerámicos con una aportación mayor a grupos culturales concretos están las tapaderas, los platos, los casquetes de labio exvasado con tendencia a la horizontalidad de éste y los llamados «vasitos de ofrendas». De las primeras su denominación lleva implícita la funcionalidad que debieron poseer, aunque como se incide en otros trabajos pudieron ser también pla-

tos o fuentes<sup>22</sup>. Se encuentran ampliamente representados en yacimientos del grupo Soto, en donde los hay tanto con el borde simple como engrosado interiormente. Los platos se corresponden con un perfil que ha sido interpretado como correspondiente al Hierro I, básicamente desde su aparición en el yacimiento vallisoletano de Zorita para el que se buscó su origen en el mundo meridional<sup>23</sup>. De todos los ejemplos documentados se puede destacar un plato del yacimiento salmantino de La Plaza de San Martín (Ledesma), aparecido en la fase III de ocupación fechada en el siglo VII<sup>o</sup> a. C.<sup>24</sup>. Su parecido con otro plato de Sanchorreja, no sólo en su perfil, se observa a través de la decoración pintada aunque en el caso de Ledesma la variedad cromática sea mayor frente a la bicromía del yacimiento abulense. Respecto a los casquetes de labio exvasado su dispersión a través de yacimientos salmantinos, zamoranos, vallisoletanos, etc., todos ellos enmarcados en el Hierro Antiguo es realmente significativa. Podemos señalar el ejemplo zamorano de La Aldehuela, catalogado como Soto II<sup>25</sup>, en donde se documentaron también varios fragmentos de cerámica pintada, impresa e incisa en el borde junto a un cuchillo afalcado o una fíbula de doble resorte, elementos todos ellos representativos de los niveles superiores de Sanchorreja, dato que induce a valorar a ambos contextos como paralelos, aunque el carácter local de las piezas presente matices cronológicos. Respecto a los «vasitos de ofrendas», su origen en el mundo de los Campos de Urnas parece claro. Aunque se han clasificado tradicionalmente dentro de P IIB, poseen una evolución apreciable en la necrópolis de La Atalaya de cronología poste-

<sup>22</sup> ESPARZA ARROYO, A. (1987): *Los castros de la Edad del Hierro...*, p. 304

<sup>23</sup> MARTÍN VALLS, R. y DELIBES DE CASTRO, G. (1978): «Die Hallstatt-Zeitlichen siedlung von Zorita bei Valoria la Buena (Valladolid)». *Madridrer Mitteilungen* 19. Madrid, p. 223.

<sup>24</sup> BENET, N., JIMÉNEZ, M. C. y RODRÍGUEZ, M<sup>o</sup>. B. (1991): «Arqueología en Ledesma, una primera aproximación: la excavación en la Plaza de San Martín». *Del Paleolítico a la Historia*. Junta de Castilla y León. Museo de Salamanca. Salamanca, p. 223. Más que la fecha concreta interesa su adscripción cultural al grupo Soto.

<sup>25</sup> SANTOS VILLASEÑOR, J. (1990): «Un yacimiento de la Primera Edad del Hierro, con cerámicas pintadas, en La Aldehuela (Zamora)». *Primer Congreso de Historia de Zamora. Tomo II. Prehistoria e Historia Antigua*. Diputación de Zamora. Zamora, p. 232.

<sup>20</sup> BLASCO, C., SÁNCHEZ, L. y CALLE, J. (1988): «Madrid en el marco...», p. 165.

<sup>21</sup> MARTÍN VALLS, R. y DELIBES DE CASTRO, G. (1975): «El poblado protohistórico del Cerro de San Andrés en Medina de Rioseco». *Archivos Leoneses* XXIX. León, pp. 197 y 199.

rior. Los ejemplos recogidos en Sanchorreja se encuentran entre la cerámica más fina y la diversidad en el perfil del cuello (vertical, abierto o cerrado) no debe plantear una filiación diferente al semejarse en el resto de las características —tratamiento superficial bruñido o espatulado, cuerpo globular, base umbilicada, etc.—. Sobre estos recipientes los ceramistas del poblado plasmaron tanto la decoración «a peine», como la pintada o la acanalada.

Estas decoraciones no son exclusivas del perfil indicado documentándose en otros, tanto abiertos, como cerrados. La aparición de las decoraciones aludidas en contextos similares era prácticamente implantable hasta no hace mucho tiempo. En la actualidad, la presencia en los mismos niveles de fragmentos «a peine» junto a otros pintados, en buena parte de los yacimientos excavados de la meseta, inducen a pensar una vez más en la homogeneidad cultural existente. En cuanto a los ejemplos con decoración acanalada parecen mirar, siempre en su momento inicial, hacia los Campos de Urnas, en donde tendrían una cronología amplia aunque su mayor apogeo, también en «vasitos de ofrendas», se atestigua en la fase II de la Primera Edad del Hierro de Castiella<sup>26</sup>, que iría del 700 al 500 a.C. En yacimientos próximos a Sanchorreja aparecen algunas de estas decoraciones en contextos de Cogotas II en donde la evolución, no sólo en el campo de la cerámica, es notable respecto a Los Castillejos. Creemos que su aparición en épocas posteriores, como puede ser también el caso del puntillado asociado tanto al peine como a la incisión simple, debe entenderse como un transvase de influencias entre grupos que por afinidad geográfica e influencia cultural marcada por la inexistencia de un período transicional<sup>27</sup>, aceptaron

<sup>26</sup> CASTIELLA RODRÍGUEZ, A. (1977): *La Edad del Hierro en Navarra y Rioja*. Pamplona, p. 237.

<sup>27</sup> En los últimos años se ha señalado la inexistencia en buena parte de la meseta de una fase de transición vinculada a Cogotas IIa. Excavaciones en el poblado de La Mota hacen plantear, a través del conjunto cerámico, que no se ha producido un verdadero cambio entre el Hierro I (La Mota 1 y 2) y el Hierro II (La Mota 3), lo que induce a pensar que el total del material fue elaborado por un solo grupo cultural —GARCÍA ALONSO, M. (1986-87): «Aportaciones a la transición del Hierro I al Hierro II en el centro de la cuenca del Duero». *Zephyrus XXXIX-XL*. Salamanca, p. 109—. En el mismo poblado y en

rasgos de carácter tradicional, a la vez que asimilaron otros más evolucionados, como pudo ser la utilización del torno, que reflejan las diferencias entre la Primera y la Segunda Edad del Hierro.

Junto a las decoraciones indicadas, se recogieron en el nivel III de Sanchorreja dos fragmentos grafitados. Se trata de la técnica menos frecuente, aunque no por ello carece de importancia. Recientemente se mencionan ejemplos similares en el yacimiento segoviano de Cuéllar, dentro de su nivel más antiguo<sup>28</sup>, del que su excavador indica que a pesar de presentar características comunes al mundo Soto, la ausencia de «fósiles guía» como los pies realzados o el sistema constructivo clásico, podría intuir un grupo cultural diferenciado en esta zona meridional de la

fechas más recientes, Seco y Treceño vuelven a poner en duda la existencia de una fase que uniera el mundo soto con el mundo celtibérico —SECO VILLAR, M<sup>o</sup>. y TRECEÑO LOSADA, F. J. (1993): «La temprana iberización de las tierras del sur del Duero a través de la secuencia de «La Mota», Medina del Campo (Valladolid)». *Arqueología Vaccea. Estudios sobre el mundo prerromano en la Cuenca Media del Duero*. Junta de Castilla y León. Valladolid, p. 171—. Algo parecido se plantea en yacimientos zamoranos como es el caso de La Dehesa de Morales en donde no ha podido documentarse en excavación ningún nivel atribuible a la fase Cogotas IIa —(CELIS SÁNCHEZ, J. (1990): «Apuntes para el estudio de la secuencia ocupacional de «La Dehesa de Morales», Fuentes de Ropel, Zamora». *Primer Congreso de Historia de Zamora. Tomo II, Prehistoria e Historia Antigua*. Diputación de Zamora, Zamora p. 476)—. Para una zona más amplia como es la Cuenca Media del Duero, Sacristán de Lama considera que no puede hablarse de esta fase Cogotas IIa puesto que las continuas excavaciones parecen mostrar una secuencia bien definida que iría desde los niveles Soto al mundo celtibérico —(SACRISTÁN DE LAMA, J. D. (1986-87): «Sobre la facies cultural Cogotas IIa en la Cuenca Media del Duero». *Zephyrus XXXIX-XL*. Salamanca, p. 195)—. En realidad esta perduración del mundo Soto ya fue planteada con anterioridad por Martín Valls y Delibes de Castro al menos en el occidente meseteño (MARTÍN VALLS, R. y DELIBES DE CASTRO, G. (1977): «Hallazgos arqueológicos en la provincia de Zamora (IV)». *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología XLIII*. Valladolid, p. 293), pero no ha sucedido lo mismo en la región suroccidental en donde parece mantenerse vigente Cogotas IIa. Tras el estudio del último nivel de ocupación del poblado de Sanchorreja —(DOMÍNGUEZ CALVO, J. A.: «El nivel III de Sanchorreja...»)—, creemos que también en esta región debió producirse algo similar, entroncándose directamente el final del Hierro I con Cogotas II. En definitiva, la facies Cogotas IIa carecería de un contexto cultural propio y su definición se ha basado en posibles errores derivados de las primeras excavaciones del poblado.

<sup>28</sup> ROMERO CARNICERO, F., SANZ MÍNGUEZ, C. y ESCUDERO NAVARRO, Z. (1993): «Una visión renovada de la arqueología vaccea». *Arqueología Vaccea. Estudios sobre el mundo prerromano en la Cuenca Media del Duero*. Junta de Castilla y León. Valladolid, p. 13.

cuenca del Duero<sup>29</sup>. En todo caso su atribución al Hierro Antiguo parece clara.

Respecto a los elementos metálicos de Sanchorreja, las valoraciones indicativas al momento cultural responden a un período similar al que evidencia el estudio de la cerámica. El mayor número de objetos realizados en bronce respecto a los de hierro, podría indicar dataciones relativamente antiguas, aunque este dato no debe ser valorado excesivamente.

Muchas de las piezas no han podido ser comparadas al corresponderse a fragmentos de tamaño reducido. En aquellas ocasiones en las que se ha podido establecer una vinculación parece apreciarse un gusto por el mundo meridional. En este sentido, cabría hacerse la pregunta de si se trata de piezas importadas y si por el contrario se realizaron «in situ». La recuperación en el nivel III de objetos relacionados con el proceso de fabricación como un molde para varillas o varios fragmentos de crisoles<sup>30</sup>, parecen corroborar la segunda hipótesis. A este dato puede sumársele el ofrecido en un estudio realizado a partir de un lote de materiales extraídos mediante excavaciones clandestinas en el que se refleja cómo a partir de modelos importados los habitantes del poblado crearon variantes locales<sup>31</sup>. A pesar de la trascendencia que debieron alcanzar las producciones locales, no debe minimizarse la importancia del comercio en esta zona, sobre todo si se analiza el valor de algunas piezas.

Asimilado el carácter local de buena parte de los objetos metálicos, se puede indicar que tanto la tecnología como los modelos a imitar debieron constituir el primer paso en el proceso evolutivo. Las cronologías marcadas por las piezas fabricadas en el yacimiento deben ser, lógicamente, más extensas.

Entre las piezas más características de los niveles superiores se encuentran las fíbulas de doble resorte, los cuhilitos afalcatados de hierro,

los recipientes rituales metálicos o algún ejemplo de los llamados broches de cinturón tartésicos<sup>32</sup>.

No queremos entrar a valorar individualmente cada una de estas piezas porque de nuevo se caería en el error de contextualizar el yacimiento a través de objetos aislados. Una simple ojeada a los mismos permite integrarlos en un marco similar al de la cerámica. Todo ello se enmarca dentro de lo que podemos definir culturalmente como Primera Edad del Hierro.

Por otra parte la descripción de los elementos más representativos culturalmente en Sanchorreja, no determina su exclusividad, puesto que en cada uno de los yacimientos, al igual que en los Castillejos, se han documentado otros, que en la mayoría de las ocasiones no son imputables a ninguna cultura concreta, bien por su simplicidad, bien por su abundante documentación.

Desde un punto de vista puramente teórico, este panorama que dibuja el conjunto material de Sanchorreja debería diferir sustancialmente del que reflejan los yacimientos que se encuadran, sin duda, en la bibliografía reciente, en lo que se denomina cultura del Soto, uno de cuyos elementos representativos lo constituye la cerámica pintada postcocción. La realidad, sin embargo, parece superar a esta posición teórica como podremos ver en un sucinto análisis comparativo entre los distintos yacimientos.

La síntesis del material arqueológico característico de los niveles superiores de Sanchorreja marca el punto de partida para la valoración de otros yacimientos meseteños que hayan proporcionado cerámica pintada. Somos conscientes de que la profundidad de conocimiento sobre los mismos varía dependiendo de si han sido o no excavados y del número de campañas realizadas. La información sobre unos y otros es por ello diferente, aunque en cualquier caso el modelo de actuación no varía.

Tal vez uno de los yacimientos de los que podemos tener una visión más amplia es el de La Mota y, en él, encontramos un conjunto de

<sup>29</sup> BARRIO MARTÍN, J. (1993): «Estratigrafía y desarrollo poblacional...», pp. 179 y 183. Consideramos erróneo el planteamiento de Barrio al intentar buscar connotaciones culturales a través de la ausencia de «fósiles guía».

<sup>30</sup> DOMÍNGUEZ CALVO, J. A.: «El nivel III de Sanchorreja...»

<sup>31</sup> GONZÁLEZ-TABLAS, F. J., FANO M. A. y MARTÍNEZ, A. (1991-92): «Materiales inéditos de Sanchorreja procedentes de excavaciones clandestinas: un intento de valoración». *Zephyrus* XLIV-XLV. Salamanca, p. 328.

<sup>32</sup> En el estudio del material del nivel III realizado por uno de nosotros se recogieron hasta cinco cuhilitos afalcatados, una armella de bronce perteneciente a un asa de un recipiente ritual metálico, y un broche de cinturón tartésico con la particularidad de estar elaborado en hierro. DOMÍNGUEZ CALVO, J. A.: «El nivel III de Sanchorreja...».

referencias que suponen una auténtica inflexión en el planteamiento sobre la Primera Edad del Hierro y a ello dedicaremos parte de nuestras conclusiones. Si realizamos un análisis comparativo entre el conjunto material descrito para los niveles superiores de Sanchorreja y los correspondientes de La Mota, podemos inferir que nos encontramos ante dos procesos individuales de un mismo ambiente cultural, pues las mayores diferencias se centran en los porcentajes de cada uno de los elementos comunes. En efecto, las formas cerámicas son significativamente similares en los dos yacimientos con la presencia de elementos comunes tan significativos como los pies realizados, las bases umbilicadas, los pequeños vasitos de perfiles en S o de cuello cilíndrico, etc. Del mismo modo las técnicas decorativas de la cerámica son absolutamente paralelas en ambos; la incisión, el peine, la pintura, la impresión y una técnica extraña en los contextos de la Meseta Norte, como es el grafitado, pero que es bastante común en los yacimientos de la Primera Edad del Hierro de la zona al sur del Sistema Central. Por último, en lo que a las cerámicas propias se refiere, señalar la importancia que en ambos yacimientos se otorga al tratamiento mediante bruñido de las superficies de las vasijas, fundamentalmente de las de pequeño porte.

Pero las similitudes entre Sanchorreja y La Mota no se reducen a la cerámica y sus decoraciones sino que va más allá con la presencia de las fíbulas de doble resorte, fabricadas en bronce, y los pequeños cuchillos afalcatados, más bien navajas, elaborados con un nuevo metal: el hierro. A todo ello hemos de añadir un factor de gran importancia y que a su vez es común a los dos: sus relaciones, comerciales o no, con el sur peninsular, determinadas por la presencia de cerámicas importadas del Levante y por piezas metálicas relacionadas con el Mundo Orientalizante.

Esta homogeneidad que hemos dibujado es, ciertamente, matizable si acudimos a los tantos por ciento de cada uno de los elementos en uno u otro yacimiento o al hecho indiscutible de la diferencia existente en lo que a sistema constructivo se refiere, pues en La Mota el adobe es el elemento básico y en Sanchorreja lo es la piedra. Sin embargo esta diferencia es perfectamente conjugable si atendemos a la localización geográfica de

los yacimientos y, más aún, si consideramos el hecho probado de que en Sanchorreja también se conoce y se utiliza el adobe, aunque ciertamente no en la misma proporción que en La Mota. Del mismo modo la mayor o menor presencia de determinados elementos materiales no hacen más que reflejar la personalidad individual de cada uno de ellos y es en este sentido en el que creemos que hay que valorarlos.

Otro yacimiento que puede resultar significativo es el de Simancas. Las similitudes con Sanchorreja y La Mota se centran en el conjunto cerámico y en sus técnicas decorativas, diferenciándose de ambos por la, en principio, ausencia de materiales de importación como las cerámicas de origen ibérico o las piezas metálicas orientalizantes y la técnica decorativa del grafitado en las cerámicas locales. En consecuencia cabría inferir que la diferenciación, en el conjunto material, entre La Mota y Simancas es similar a la que pueda existir entre el último y Sanchorreja, pero que los tres muestran una cierta unidad de conjunto.

Yacimientos como Soto de Medinilla, Zorita, La Aldehuela, Los Cuestos, Ledesma, San Vicente o Cuéllar en sus niveles II-III, se suman a este panorama pues lo que en unos está presente en otros brilla por su ausencia, pero todos ellos parecen tener como elemento unificador, presente o probable, la cerámica pintada.

En Roa asistimos a un caso similar al que plantea Simancas. La diferencia entre éste y los tres yacimientos analizados se centra fundamentalmente en que en el yacimiento burgalés no han sido detectadas, al menos de momento, cerámicas con decoración pintada postcoCCIÓN ni grafitadas, coincidiendo con Simancas en la ausencia de materiales de importación. Si tomamos esta ausencia de cerámicas pintadas como elemento significativo, habríamos de inferir que Roa tiene poco que ver con La Mota, Simancas o Sanchorreja, constituyendo, si así fuera, un grupo aparte de lo que se ha denominado Soto. Ciertamente esto es indefendible, pero no está de más el plantearlo para significar la existencia de esos factores particulares en los distintos yacimientos que los individualizan respecto a los demás, pero que no tienen por qué suponer una diferenciación cultural.

Otros yacimientos como Coca (nivel V de la cata A), Sieteiglesias o Almenara de Adaja, po-

drían sumarse a ese elenco de poblados en los que es posible detectar una base común, pese a que el conocimiento que de ellos tenemos es bastante escaso.

En definitiva de los catorce yacimientos que hemos mencionado, doce cuentan entre su vajilla representativa la cerámica pintada; diez cuentan con cerámicas decoradas a peine; en seis encontramos fíbulas de doble resorte; en once de ellos aparecen los pies anulares; en diez está representada la decoración incisa; el bruñido de las superficies utilizado básicamente en los pequeños basitos de ofrendas se detecta en once de los catorce yacimientos y por último, en tres de ellos —Sanchorreja, La Mota y Cuéllar— encontramos especies cerámicas importadas del mundo meridional.

A partir de ahora vamos a realizar una serie de valoraciones sobre el, todavía, oscuro tema del Primer Hierro en la Meseta y su transición hacia la Segunda Edad del Hierro. En la historiografía especializada sigue pesando la terminología clásica que atribuía al valle del Duero una evolución cultural diferente a la producida en las estribaciones montañosas del Sur de la Meseta. No resulta difícil por ello encontrar frecuentemente términos como dualidad o diversidad para explicar tantos procesos evolutivos como desarrollos culturales. No obstante, y a través de los datos con los que se cuenta, empiezan a publicarse artículos en los que se destaca la presencia de elementos comunes en toda la región meseteña<sup>33</sup>. Estos últimos son, por el momento, minoritarios, y por ello consideramos necesario ahondar más en todas estas cuestiones con el objetivo de intentar clarificar en lo posible el panorama.

Pensamos que el problema de la indefinición cultural surge desde el momento en que algunos materiales concretos son tratados de manera individualizada separándolos de todo contexto cultural. Por ello, en la propia base aparece una necesidad imperiosa de otorgar a los mismos un origen, en buena parte de los casos, como ha sucedido con la cerámica pintada, ajeno a la Meseta. Con esto se olvida un dato al menos tan interesante como el anterior, como es el de su propia asimilación, observada a través de la pre-

sencia continuada en los yacimientos. Esta aparición condiciona inequívocamente un modelo de producción común en amplias zonas meseteñas, emparentando presumiblemente territorios que hasta el momento eran considerados como regiones en las que el desarrollo evolutivo habría sido diferente. Será la asimilación, no sólo de un material concreto, sino del conjunto de todos ellos, lo que deba ser utilizado para la definición de un grupo cultural.

Aun con todo ello la definición de una cultura a través de unos rasgos comunes representativos debe dejar la puerta abierta para la presencia de otros nuevos o la ausencia de algunos de ellos. Es decir, a la hora de definir una cultura debe darse por entendido que la aparición de un rasgo aparentemente distinto del denominador común es perfectamente posible, debiendo aceptarse las peculiaridades como algo lógico en cualquier sociedad. La documentación de una vivienda de planta rectangular en la base del poblado zamorano de Los Cuestos de la Estación<sup>34</sup> o un caso similar en Simancas<sup>35</sup>, ejemplifica perfectamente lo comentado. Cualquier poblado puede presentar, por imitación o innovación, elementos constructivos o sistemas decorativos distintos, sin que por ello se deba hablar de un grupo cultural diferenciado, por supuesto siempre que proporcione un conjunto material característico del ámbito analizado.

Algo parecido podía leerse hace algunos años con el tema de la cerámica pintada. Se aceptaba por principio que cualquier yacimiento en donde ésta era localizada debía quedar integrado en el Soto I. En la actualidad esto no parece viable y se reconoce que su uso perduró en el tiempo a través del llamado Soto II, dando la razón a aquella línea de investigación que no toma en consideración un material específico sino un análisis más amplio de los restos arqueológicos extraídos. Quizá el ejemplo más significativo, dentro del campo

<sup>34</sup> CELIS SÁNCHEZ, J. (1993): «La secuencia del poblado de la Primera Edad del Hierro de «Los Cuestos de la Estación», Benavente (Zamora)». *Arqueología Vaccea. Estudios sobre el mundo prerromano en la Cuenca Media del Duero*. Junta de Castilla y León. Valladolid, p. 109.

<sup>35</sup> QUINTANA LÓPEZ, J. (1993): «Sobre la secuencia de la Edad del Hierro en Simancas». *Arqueología Vaccea. Estudios sobre el mundo prerromano en la Cuenca Media del Duero*. Junta de Castilla y León. Valladolid, p. 79.

<sup>33</sup> DELIBES DE CASTRO, G. y ROMERO CARNICERO, F. (1992): «El último milenio a. C. en la...», p. 245.

que estamos tratando, lo constituya la cerámica con decoración «a peine», a la que se ha hecho definidora por sí misma de una etapa cultural diferenciada. No parece viable ni lógico darle tanta importancia a un simple modelo decorativo, aunque, sin embargo, no son pocos los ejemplos en los que su presencia, a pesar de la aparente unidad material con otros niveles, marca la diferencia hasta el punto de hablar de períodos evolutivos diferenciados. El resultado es la utilización por parte de los que investigamos de una terminología que resulta confusa y, no en pocas ocasiones, provoca el oscurecimiento de esta etapa histórica. Es frecuente, en este sentido, encontrarse con términos como Soto II, Sanchorreja II, Cogotas IIa, grupo de cerámicas pintadas, grupo del Valle del Duero y dentro de él al Norte y al Sur del mismo<sup>36</sup>, subgrupo Cuéllar y yacimientos próximos al Sistema Central<sup>37</sup>, etc., que muestran claramente la complejidad existente.

Al abordar el complicado problema de la proliferación de términos, resulta conveniente realizar dos matizaciones previas: en primer lugar, señalar la utilización de una terminología escasamente homogénea para referirse sintéticamente a lo mismo, la definición de un período cultural. Para ello se utilizan en ocasiones apelativos vinculados a yacimientos, frente a otras en las que las connotaciones geográficas o los sistemas decorativos son los preferidos.

En segundo lugar se encuentra la connotación cultural y con ello la cronológica que, por el peso de la historiografía, posee cada una de ellas. Uno de los aspectos más reseñables de los últimos años lo constituye la sincronía existente entre un grupo perteneciente a la Primera Edad del Hierro del Valle del Duero, el mundo del Soto, con otro ya dentro de un período diferenciado, como Cogotas IIa, enmarcado en el Segundo Hierro meseteño. La coetaneidad queda plasmada al leer las palabras de Sacristán que indica como Cogotas II y Soto II pueden ser facies paralelas<sup>38</sup>. Creemos que no es posible aceptar la coe-

taneidad en un territorio tan próximo de fases culturales distintas, sobre todo teniendo en cuenta las relaciones que entre ambas zonas debieron existir, dato que el mismo autor refleja a través de la presencia de elementos comunes.

Ninguno de los dos planteamientos parece tener por el momento una fácil solución. Respecto al primero de ellos consideramos que es necesario unificar los criterios utilizados olvidándose de aquellas denominaciones que lleven implícito la consideración de algunos yacimientos como un «unicum», cuestión que no nos parece aceptable en el estado actual de la investigación. Así cuando hace algunos años se propuso la utilización de un término como Sanchorreja II para definir un grupo cultural sincrónico pero diferenciado al grupo Soto, se estaba contribuyendo a la confusión de la que estamos hablando<sup>39</sup>. A pesar de que el yacimiento abulense presente algunas características propias como puede ser la mayor intensidad en sus comunicaciones con el mundo meridional, la base cultural no parece diferir del modelo de desarrollo que se describe para el mundo del Soto.

Algo parecido puede observarse en la publicación más reciente del yacimiento segoviano de Cuéllar. A partir de algunos rasgos peculiares en este poblado, el autor mantiene la hipótesis de estar ante un subgrupo diferenciado del mundo del Soto, en el sentido clásico de la palabra<sup>40</sup>. Cuando hace algún tiempo se excavó y publicó el yacimiento salmantino de la Plaza del Castillo en Ledesma<sup>41</sup> se realizaron una serie de alusiones a la novedad que constituía la aparición del yacimiento en sí, catalogado sin dificultad en la órbita Soteña, dada su ubicación en un terreno distinto a los hábitats clásicos de las llanuras aluviales del centro de la cuenca.

Los ejemplos que pueden citarse son innumerables y en todas las ocasiones nos remiten al problema que planteábamos con anterioridad: la existencia de peculiaridades locales en buena parte de los yacimientos excavados. Esto no debe

<sup>36</sup> SACRISTÁN DE LAMA, J.D. (1986): *La Edad del Hierro en el Valle Medio del Duero. Rauda (Roa, Burgos)*. Junta de Castilla y León, Universidad de Valladolid. Valladolid, p. 251.

<sup>37</sup> BARRIO MARTÍN, J. (1993): «Estratigrafía y desarrollo poblacional...», p. 183.

<sup>38</sup> SACRISTÁN DE LAMA, J.D. (1986): *La Edad del Hierro en el...*, p. 251.

<sup>39</sup> GONZÁLEZ-TABLAS, F.J. (1990): *La necrópolis de los Castillejos de Sanchorreja. Su contexto histórico*. Acta Salmanticensis, 69. Universidad de Salamanca. Salamanca, p. 74.

<sup>40</sup> BARRIO MARTÍN, J. (1993): «Estratigrafía y desarrollo poblacional...», p. 183.

<sup>41</sup> BENET, N., JIMÉNEZ, M. C. y RODRÍGUEZ, M<sup>o</sup>. B. (1991): «Arqueología en Ledesma, una...».

ser utilizado en ningún caso para la formulación de grupos distintos durante el Primer Hierro meseteño, y menos aún para la proliferación de términos de naturaleza y contenido heterogéneo que sólo contribuyen a enturbiar el panorama.

Por ello nos inclinamos a utilizar una única denominación para hablar del contexto histórico característico de la Meseta Norte durante la Primera Edad del Hierro. A pesar de las implicaciones que tiene el término cultura del Soto<sup>42</sup>, su peso específico, observado en la bibliografía, desde que Palol y Wattenberg lo dieron a conocer, es razón suficiente para considerarlo como el más apropiado. En el grupo Soto debe integrarse, a nuestro modo de ver, todo yacimiento que proporcione un conjunto material equiparable, aunque no idéntico, al de los poblados actualmente conocidos y que se encuentre en un grado evolutivo similar. Este último dato tiene una importancia vital puesto que la transición hacia la Segunda Edad del Hierro pudo estar marcada por una transformación que en ningún caso se emparentaría con un gusto decorativo específico, sino que se relacionaría con una modificación en el sistema económico de la sociedad.

Con esta última idea se entra a analizar la segunda matización que alude a la coetaneidad de grupos humanos evolutivamente diferenciados, cuestión que entronca directamente con el problema de la transición entre Primero y Segundo Hierro.

Aquel planteamiento que asume la convivencia del grupo Soto con las gentes de Cogotas II-a, acepta inexorablemente un modelo de transición lo suficientemente dilatado como para que pueda producirse este fenómeno. Este modelo parte de la base de que a lo largo del siglo V a.C. se han producido ya algunos cambios en el Suroeste meseteño lo suficientemente significativos como para hablar de una fase inicial del Segundo Hierro que culminaría a lo largo del siglo siguiente en la cultura de Cogotas II, fácilmente identificable en yacimientos como Las Cogotas o La Mesa de Miranda. Por el contrario, y por lo que respecta a las regiones centrales del Valle del

Duero, éstas continuarían manteniendo unas características vinculadas claramente a contextos del Hierro I.

Por nuestra parte, consideramos que a lo largo del siglo V a.C. el poblado abulense de Sanchorreja continuaba desarrollando su actividad, en plena vigencia bajo patrones próximos al mundo del Soto, aunque ya en esta época se perciben las primeras influencias que darán paso en el siglo siguiente al Hierro II<sup>43</sup>. Será ahora cuando se perciba una basculación, tal vez incipiente, de las influencias comerciales, mantenidas tradicionalmente con el Sur peninsular y que en este momento conecta el Sureste meseteño con el mundo ibérico. La documentación en el nivel III de Sanchorreja de cerámica a torno de pastas amarillentas con decoración pintada de color rojo vinoso<sup>44</sup>, bajo perfiles semejantes a los de poblados ibéricos del Sureste peninsular así parecía demostrarlo. Con la publicación de materiales semejantes en el yacimiento vallisoletano de La Mota<sup>45</sup> se recorta la distancia entre el origen de esta cerámica y Sanchorreja, a la vez que se homogeneiza la región meseteña. Casi tan importante como su localización es el hecho de que se trate de materiales importados fabricados con una técnica desconocida en Sanchorreja, como lo demuestran los análisis térmico-diferenciales y de difracción de rayos X<sup>46</sup> y la propia escasez en su documentación.

La asimilación de esta novedad técnica pudo ser el factor que explique la transición entre los dos Hierros. La cronología que explica este hecho parece asemejarse tanto en el Sureste de La Meseta, en donde hasta principios del siglo IV a.C., como ya se ha indicado, continúa la vida en un poblado que no conoce esta técnica, como en la provincia de Valladolid, donde Seco y Treceño proponen fechas similares para la introducción

<sup>43</sup> DOMÍNGUEZ CALVO, J. A.: «El nivel III de Sanchorreja...».

<sup>44</sup> GONZÁLEZ-TABLAS, F.J. (1990): *La necrópolis de los Castillejos...*, p. 66; y DOMÍNGUEZ CALVO, J. A.: «El nivel III de Sanchorreja...».

<sup>45</sup> SECO VILLAR, M<sup>o</sup>. y TRECEÑO LOSADA, F. J. (1993): «La temprana iberización...», pp. 163 y ss.

<sup>46</sup> Dichos análisis fueron efectuados por D<sup>a</sup> Pilar Rodríguez Palacios y D. Venancio Nieves Paz del Instituto de Recursos Naturales y Agrobiología del C.S.I.C. de Salamanca, utilizándose un difractómetro de rayos X Philips P.W. 1730 y un analizador térmico diferencial Perkin-Elmer System 7/4.

<sup>42</sup> Ya hemos hecho alusión al problema que se deriva de definir una cultura a través del nombre de un yacimiento por las connotaciones que posee.

del torno<sup>47</sup>. En este sentido, la publicación del yacimiento de La Mota supone una clara inflexión a la hora de poder llegar a entender el proceso de transformación y por supuesto la evolución cultural. Hasta el momento no son muchos los ejemplos que pudieran corroborar esta hipótesis, aunque no por ello la hipótesis deja de ser suficientemente sugestiva como para resaltar su importancia.

En los próximos años las investigaciones demostrarán o no la verosimilitud de la propuesta, pero en cualquier caso el salto cualitativo es esencial desde el momento en que se olvidan los planteamientos tradicionales y se centra en transformaciones económicas para poder explicar un cambio en el modelo cultural.

<sup>47</sup> SECO VILLAR, M<sup>o</sup>. y TRECENO LOSADA, F. J. (1993): «La temprana iberización...», p. 170.